

# La declaración *Dominus Iesus* y la posibilidad de una teología de las religiones

ALBERTO RAMÍREZ Z.\*

## RESUMEN



La declaración *Dominus Iesus* de la Congregación para la Doctrina de la Fe y la Notificación del mismo Dicasterio Vaticano sobre la teología del pluralismo religioso, con ocasión de la publicación de la obra del padre Dupuis, han dado lugar a una gran controversia, sobre todo, en ambientes ecuménicos. Las reflexiones que aquí se presentan no están dedicadas a discutir aspectos particulares de la doctrina de estos documentos. Aunque ellos insisten en que lo que está en juego es la cuestión del pluralismo religioso, en estas reflexiones se orienta la atención más bien hacia el reto que se le presenta a la Iglesia de realizar una teología de las religiones.

### Abstract

*The Declaration Dominus Iesus and the Notification of the Congregation for the Doctrine of the Faith on religious pluralism, at the occasion of the work of Fr. Dupuis, have lead to a great controversy mainly in ecumenical circles. The thoughts that are here presented have not the purpose to discuss*

\* Doctor en Teología de la Universidad de Lovaina, Bélgica. Profesor de Teología y Biblia en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín y en el Instituto de Estudios Bíblicos de la Universidad de Antioquia, Medellín. Oficina: Circular 1ª. No. 70-01, Medellín, Antioquia.

*different particular aspects of the doctrine exposed in these Documents. Although they insist on the fact that what is here at stake is the question of religious pluralism, in these pages attention is directed rather to the challenge presented to the Church: to develop a Theology of religions.*

El mundo en que vivimos es, sin lugar a dudas, un mundo pluralista. Lo es en la época actual y lo ha sido, en cierto sentido, siempre. Lo es desde todos los puntos de vista: desde el punto de vista étnico, desde el punto de vista de su estructuración geográfica y de su organización sociopolítica, desde el punto de vista cultural, desde el punto de vista religioso. Se trata simplemente de un hecho, ni bueno ni malo en principio: es sin más la realidad de nuestro mundo.

Hay varias cosas importantes que decir al respecto. Primero, que en la actualidad existe una conciencia mucho más clara del hecho: en otros momentos esta realidad pasaba prácticamente desapercibida. En segundo lugar, que en la actualidad se emiten juicios de valor en relación con este hecho. Por lo que respecta a tales juicios, en nuestros días, la mayor parte son tranquilos y, más que eso, positivos. Se considera que el pluralismo, bajo prácticamente todos los puntos de vista, constituye una riqueza en el mundo humano. Aferrarse a los llamados «grandes relatos», con una actitud radical de desconocimiento de los discursos alternativos, no caracteriza la mentalidad de nuestros días. En este sentido, nuestro mundo va dejando de ser el de los «grandes relatos» y, sobre todo, ha ido dejando de ser el mundo de un único discurso total.<sup>1</sup>

Pero, ¿cómo se ven las cosas en el campo de las religiones? Por lo que respecta a la Iglesia Católica, tenemos que reconocer que experimenta dificultades para valorar positivamente el pluralismo, en cuanto pluralismo religioso. Existe la impresión de que el pluralismo religioso se identifica con un relativismo inaceptable. La Iglesia Católica cree honradamente tener que afirmar la revelación y la salvación, de las que se habla en el cristianismo en un sentido absoluto.

---

1. Cfr., MARDONES, JOSÉ MARÍA, *Posmodernidad y cristianismo; el desafío del fragmento*. Sal Terrae, Santander, 1988, pp. 86-90 y 151-155.

La consideración del fenómeno del pluralismo religioso tiene que ver, en alguna forma, con la llamada teología de las religiones, pero no es el único aspecto que se puede considerar en dicha teología. La reciente declaración *Dominus Iesus* de la Congregación para la Doctrina de la Fe, de la que nos queremos ocupar en este Coloquio, toca este problema explícitamente. En cierto sentido, nosotros tenemos que alegrarnos por el planteamiento de la problemática en este documento, porque así se nos ofrece una excelente ocasión de afrontar el tema de la teología de las religiones, que tiene una importancia enorme para el futuro de la humanidad, del cristianismo y de la Iglesia.

Hace apenas unas semanas, el 24 de enero del presente año, se hizo pública una *Notificación* de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre algunas afirmaciones del sacerdote jesuita belga Jacques Dupuis que aparecen en su obra *Hacia una teología cristiana del pluralismo religioso*.<sup>2</sup> Se señala en este documento que la obra del padre Dupuis «contiene ambigüedades y dificultades notables sobre puntos doctrinales de relevante importancia, que pueden conducir al lector a opiniones erróneas y peligrosas». El documento habla, en concreto, de cinco puntos controvertidos, que son enunciados de la siguiente manera: la interpretación de la mediación salvífica única y universal de Cristo, la unicidad y plenitud de la revelación de Cristo, la acción salvífica universal del Espíritu Santo, la ordenación de todos los hombres a la Iglesia, el valor y el significado de la función salvífica de las religiones.

Se señala igualmente, de manera expresa, que el padre Dupuis aceptó, como un acuerdo, lo que aparece en esta *Notificación*, publicada por la Congregación Vaticana con la aprobación del Santo Padre en la audiencia concedida al cardenal Ratzinger el día 19 de enero de este mismo año. Según el texto de la *Notificación*, la obra del padre Dupuis fue examinada por los cardenales miembros de la Congregación, tenido en cuenta el parecer de los consultores de la misma Congregación sobre las respuestas dadas por el autor de la obra, en la sesión ordinaria del día 30 de junio de 1999.

---

2. La edición original inglesa: *Toward a Christian Theology of Religious Pluralism*, Maryknoll: Orbis Books, 1997, 433p. La traducción española fue publicada en Santander: Ed. Sal Terrae, 1999. La traducción italiana a la que se refiere la notificación fue publicado por la Editrice Queriniana, 1997.

Los temas objeto de la *Notificación* hacen pensar inequívocamente en la declaración *Dominus Iesus*, promulgada antes, el día 6 de agosto del año 2000, por la misma Congregación para la Doctrina de la Fe, con la aprobación del Santo Padre. En ese momento ni siquiera se mencionaba el nombre del padre Dupuis, pero todo el mundo sabía que era principalmente su obra la que había motivado la declaración.<sup>3</sup> Como bien se sabe, fueron numerosas las reacciones que suscitó este documento. Algunas han sido positivas y tranquilizadoras, pero probablemente muchas más han sido negativas. Entre estas últimas hay que mencionar, además de las que surgieron en medios cristianos no-católicos, principalmente de Iglesias o comunidades eclesiales comprometidas con el ecumenismo, otras que surgieron en ciertos medios católicos.

Evidentemente se puede hacer un análisis minucioso de las afirmaciones que aparecen en la declaración *Dominus Iesus* y en la *Notificación* de la Congregación para la Doctrina la Fe, que precisa de manera muy concreta el sentido de la declaración. Es seguro que en el curso de este Coloquio se presentarán dichos análisis. Por lo que respecta a la presente exposición, las reflexiones que quiero compartir con ustedes sólo pretenden entender estos documentos y la controversia a la que ellos han dado lugar, como una ocasión providencial para interrogarnos acerca de las posibilidades de realizar una teología de las religiones y acerca de los alcances de dicha teología.

En el preámbulo de la *Notificación* de la Congregación para la Doctrina de la Fe que hemos mencionado, se subraya expresamente que el padre Dupuis en su obra propone «una reflexión introductoria a una teología cristiana del pluralismo religioso». Se dice que lo que ahí se trata no es «simplemente de una teología de las religiones, sino de una teología del pluralismo religioso, que busca, a la luz de la fe cristiana, el significado que tiene la

---

3. Ciertamente no ha sido el padre Dupuis el único teólogo que se ha ocupado de estos temas, por lo menos, no el único que ha tratado el tema de una teología de las religiones no cristianas. Todo el mundo conoce, por ejemplo, la labor realizada en este campo durante muchos años por otro teólogo controvertido, Hans Küng, desde el momento en el cual le fue retirada la *licentia docendi*. Un momento muy importante en su carrera, dedicada a esta labor, la constituyó su participación en el Segundo Parlamento de las Religiones, en el que él fue el autor de la gran declaración sobre una ética mundial de fundamentación religiosa. Al respecto se puede consultar la obra *Hacia una ética mundial. Declaración del Parlamento de las Religiones del mundo*, ed. por Hans Küng y Karl Joseph Kuschel, Ed. Trotta, Madrid, 1994.

pluralidad de las tradiciones religiosas dentro del designio divino para la humanidad». Se afirma que esta problemática es algo hasta ahora inexplorado.

A pesar de tal advertencia, hay que decir que los documentos tocan de manera expresa la cuestión acerca de la teología de las religiones y que, además, es dicha teología lo que constituye en ellos el verdadero trasfondo interesante de la controversia.

Sobra decir que todos nosotros acogemos con responsabilidad y con gusto la orientación que el magisterio de la Iglesia ofrece a la teología. Probablemente todos estamos de acuerdo sobre la convicción de que la misión de la teología no consiste «simplemente» en realizar una tarea de divulgación y de explicación de la doctrina del magisterio de la Iglesia y seguramente todos estamos de acuerdo en concebir la misión de la teología como una misión que tiene un alcance mayor: poder contribuir al encuentro de una buena racionalidad de la fe vivida, como un servicio valioso para el crecimiento y la profundización de la conciencia de dicha fe en toda la comunidad de la Iglesia; pero también aceptamos la responsabilidad de ofrecer un servicio sincero al ministerio eclesial, que compete a los maestros de la misma fe: el magisterio de la Iglesia. En este sentido, la teología es una labor creativa y abierta a la vez, y puede ser además responsablemente audaz. El deseo que nos anima, al participar en este Coloquio, es sin lugar a dudas el de hacer algún aporte positivo, desde un auténtico «*sentire cum Ecclesia*», para iluminar la situación que se ha planteado, no sólo dentro de la misma Iglesia, sino también en el mundo cristiano e incluso en el mundo más amplio de las religiones de la humanidad, con ocasión de la promulgación de la declaración *Dominus Iesus* y de la *Notificación* posterior.

**LAS RESPONSABILIDADES QUE NOS COMPETEN, EN CUANTO CREYENTES,  
CON MIRAS AL FUTURO DE LA HUMANIDAD EN EL QUE HEMOS ENTRADO  
AL COMENZAR EL TERCER MILENIO DE CRISTIANISMO**

Acabamos de despedir el segundo milenio de cristianismo. Hemos tenido la oportunidad de hacer evaluaciones del mismo y, de acuerdo con el espíritu que nos ha sido propuesto por el papa Juan Pablo II, hemos hecho un interesante esfuerzo por purificar, en relación con él, nuestra memoria histórica cristiana. Una actitud sana en relación con el pasado que acabamos de dejar atrás no puede ser ciertamente una actitud triunfalista; pero tampoco sería sana una actitud puramente negativa y derrotista. La historia vivida en el

milenio pasado es nuestra propia historia, la de todos nosotros, con sus luces y sus sombras. No necesitamos hacer un gran esfuerzo para asumirla como historia luminosa: asumirla, en cambio, con sus sombras, nos cuesta mucho más. En este sentido es admirable la invitación del Papa, dirigida a todos, con ocasión de la celebración del jubileo del año pasado, en el sentido de la purificación de nuestra memoria histórica.

Es innegable que el milenio «cristiano» transcurrido ha sido uno de confrontaciones, de conflictos, de divisiones de todo tipo y en todos los campos: al interior de la Iglesia, al interior del cristianismo, en el contexto general de la humanidad. El segundo milenio de cristianismo no ha sido propiamente uno de integración plena de la humanidad desde ningún punto de vista: ni desde el punto de vista socioeconómico y político, ni desde el punto de vista cultural; mucho menos desde el punto de vista religioso. Hemos progresado mucho, es cierto; hemos sido testigos de innumerables logros por todas partes en el mundo en general y, en particular, en nuestro mundo occidental. Pero no hemos aprendido propiamente a vivir como fraternidad universal.

En lo que respecta a nuestra «religión», el cristianismo, y a nuestra manera católica de vivirla, tenemos que reconocer que no hemos sido propiamente para la humanidad un factor de comunión, y en cambio sí, con frecuencia, un factor de división. Es cierto que los tiempos que vivimos actualmente no tienen las mismas características que los vividos en otras circunstancias, lo cual nos permitiría decir que lo ocurrido es algo comprensible, y que es posible explicar lo que ha sido la actitud del cristianismo y de nuestra Iglesia. Es cierto: no se deben hacer juicios anacrónicos sobre el pasado. Sin embargo, nuestra mirada hermenéutica de la historia tiene que ser honrada y, en cuanto tal, es un verdadero acto de amor a la misma Iglesia que constituimos y a la religión a la que pertenecemos. Esta visión es además algo totalmente positivo, si la ejercemos con la intención de purificar nuestra mirada histórica, siguiendo el bello ejemplo que nos ha dado el papa Juan Pablo II.

Habernos preocupado por confesar en la historia humana nuestra fe con tanta convicción y haber insistido tanto en afirmar nuestra identidad eclesial y religiosa, es algo positivo. Ser fieles a Jesucristo y a su Evangelio implica seguramente esta actitud. Sin embargo, hay que pensar que la religión de Jesús es además, por naturaleza, una religión de la apertura total humana,

un proyecto completamente abierto de fraternidad. Hay que recordar también que la misión cristiana no se habrá cumplido, probablemente, de manera plena, mientras que en virtud de esta apertura el Evangelio no haya podido resonar por todas partes en el mundo, dentro de todas las culturas e inclusive en el corazón mismo de las otras religiones de la humanidad. En contradicción con todo esto, tenemos que constatar que el segundo milenio de cristianismo ha sido un milenio de división entre los cristianos: no un milenio de pluralismo cristiano, sino uno de divisiones. Tenemos que reconocer igualmente que en dicho milenio la actitud del cristianismo en relación con las otras religiones de la humanidad no ha sido una de diálogo y de colaboración en el gran proyecto de fraternidad humana, que nosotros mismos llamamos el proyecto del Reino de Dios entre los hombres.

Ahora bien. En relación con todo esto nos podemos preguntar: ¿Será cierta la predicción del director del Instituto de Estudios Estratégicos de la Universidad de Harvard, Samuel Huntington, sobre el futuro que se anuncia en la actualidad, según la cual, superada ya la gran confrontación ideológica entre el mundo capitalista y el del «socialismo real», las confrontaciones de la humanidad en los próximos mil años ya no serán de carácter económico y sociopolítico, sino más bien confrontaciones entre civilizaciones?<sup>4</sup> Y por lo que respecta a lo nuestro: ¿Será, sobre todo, dicho futuro, según esta predicción, un futuro de confrontaciones de la humanidad en uno de los aspectos más importantes de las civilizaciones, el aspecto religioso, que por otra parte ha sido uno de los que más violencia ha provocado en la historia? ¿Nos estamos encaminando hacia una guerra de religiones en el futuro?

A nadie le puede estar vedado imaginar y diseñar así el pronóstico del futuro, como lo ha hecho Huntington. Por otra parte, existen ciertamente serios fundamentos para hacerlo. Pero tampoco es imposible anunciar un futuro diferente, en virtud de los signos que ya se dan y también en virtud de lo que aparece prácticamente en todas las religiones como un aspecto fundamental: la actitud de la esperanza. En lugar de grandes conflictos entre las civilizaciones, podríamos hablar, entonces, de grandes diálogos y de grandes encuentros culturales. En lugar de odios y violencia a causa de la adhe-

---

4. «*The Clash of Civilizations*», en: *Foreign Affairs* 72 (1993), No. 3, pp 22-49. Citado por KÜNG, HANS, *El cristianismo: esencia e historia*. Trotta, Madrid, 1997, p. 782.

sión a diferentes credos religiosos, podríamos soñar con una gran cooperación y con una gran comunión entre las religiones, en virtud de los ideales de fraternidad y de trascendencia en función de los cuales ellas existen. No simplemente para evitar las guerras y para lograr la paz, sino porque este diálogo y esta comunión significarían un gran enriquecimiento espiritual para la humanidad.

Y, en realidad, el comienzo de este tercer milenio de cristianismo ha estado marcado por signos que anuncian un gran proceso de diálogos en la humanidad, un gran camino de comunión. Uno de estos signos es el del ecumenismo. Por fuera de la Iglesia Católica ha adquirido una importancia impresionante el gran movimiento de diálogo, encaminado al logro de una comunión sincera que iniciaron los cristianos protestantes y los ortodoxos desde comienzos del siglo XX. Como se sabe, este movimiento encontró su concreción institucional en el Consejo Mundial de las Iglesias.

El catolicismo, que no participó propiamente en la génesis y en el desarrollo de dicho movimiento, asumió más tarde, sin embargo, el proyecto ecuménico con entusiasmo, sobre todo, desde el pontificado del papa Juan XXIII y desde el Concilio Vaticano II. Y después de este momento original del ecumenismo católico, el proyecto contó con el respaldo inequívoco de los papas Pablo VI y Juan Pablo I, así como de manera especialísima con el respaldo del Papa actual, su incansable propulsor. Hoy hay que reconocer, como ha dicho expresamente el Papa, que la vocación ecuménica de la Iglesia es irreversible. Totalmente positivo es, por otra parte, el hecho de que el movimiento ecuménico del Consejo Mundial de las Iglesias y el de la Iglesia Católica trabajan en estrecha relación, en organismos de colaboración como el llamado Grupo Mixto de Trabajo. En una palabra, el ecumenismo es un signo que anuncia lo que se ha de dar en todo este milenio: un diálogo permanente y una búsqueda de comunión entre los cristianos.

Pero es también un signo admirable del futuro «*adveniente*» -para emplear las palabras del Papa- el gran diálogo, apenas incipiente, entre el cristianismo y las grandes religiones de la humanidad. La iniciativa de este diálogo no se debe tampoco a la Iglesia Católica. Es un diálogo que comenzó -estrictamente hablando- a finales del siglo XIX, con ocasión de la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América. En ese momento, más bien por iniciativa de otras iglesias, se reunió en Chicago el llamado Primer Parlamento de las Religiones. Recientemente, para conmemorar un

nuevo centenario del mismo acontecimiento histórico, tuvo lugar, de nuevo en Chicago, la reunión de un Segundo Parlamento de las Religiones, del cual surgió la gran declaración sobre un compromiso ético universal fundamentado en la inspiración de todas las religiones. La Iglesia Católica ha entrado también en este gran diálogo desde el Concilio Vaticano II.

Entre los varios pronunciamientos del Concilio sobre la cuestión<sup>5</sup> hay que subrayar la trascendencia que tiene la declaración *Nostra aetate* sobre las religiones no cristianas. De gran importancia han sido además los grandes encuentros de Asís, convocados y presididos por el Papa en persona, y otros acontecimientos vividos al más alto nivel del magisterio de la Iglesia, como la presencia del Papa en el Sinaí para el encuentro de las grandes religiones monoteístas de la humanidad. Es clara entonces la decisión de la Iglesia Católica de asumir este gran propósito, lo cual constituye también, de nuevo, otro de los signos elocuentes que anuncian lo que ha de ser el milenio en el que hemos entrado.

Es necesario que pensemos que el futuro en el cual estamos entrando no es simplemente el pequeño futuro, el futuro inmediato de los años que vamos a vivir los primeros protagonistas de la historia del tercer milenio. Nos estamos asomando a un gran futuro, al de los próximos mil años. A corto plazo, nuestras pequeñas empresas tal vez no nos dejan percibir todo lo que habrá de acontecer a largo plazo. Las decisiones en las que nos ha sido dado participar y los momentos que nos ha tocado vivir, los cambios importantes que se dan en nuestros días y las grandes realizaciones humanas de las que hace apenas unos días pensábamos que no podrían pasar de ser hermosos sueños, no son nada en comparación con lo que habrá de acontecer en los próximos mil años. Tenemos que mirar con esperanza hacia esos horizontes lejanos y pensar también así en relación con el proyecto de la misión histórica del cristianismo.

Hasta ahora, podríamos pensar, a pesar de todo lo que hemos podido lograr, no hemos llegado a realizar plenamente la misión que el Señor mismo confió a su Iglesia: la de anunciar el Evangelio a todas las criaturas hasta los confines del mundo (Cfr., Mt. 28,19). No hay por qué desalentarnos: en

---

5. Hay que citar aquí las afirmaciones del Concilio en la Constitución Dogmática sobre la Iglesia, la *Lumen gentium*, en su segundo capítulo sobre el pueblo de Dios, y también el decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia, *Ad gentes*.

realidad no se puede decir que hayamos fracasado, en cuanto cristianos, por el hecho de que después de dos mil años de historia cristiana no hayamos podido cumplir plenamente la misión. Nuestra ineficacia puede ser inclusive providencial: con los métodos que en el pasado utilizábamos para anunciar el Evangelio, métodos que seguramente hoy logramos explicar aunque no justificar, hubiéramos corrido el riesgo de cometer un pecado histórico irremediable. Eso hubiera acontecido, si hubiéramos por lo menos contribuido a destruir tesoros tan venerables de la humanidad, como son las religiones no cristianas.

Tenemos que seguir pensando en la misión: el cristianismo no se entiende sin asumir sus responsabilidades misioneras y en este aspecto sigue teniendo un gran futuro. Pero ese gran futuro no podrá hacerse realidad sin que nuestra religión, el cristianismo, participe en el gran diálogo religioso de la humanidad. ¿Cómo hacerlo sin renunciar a nuestra propia identidad? ¿Cuál es el papel concreto del cristianismo en este diálogo? Tales son las preguntas que nos hacen pensar en la necesidad de realizar una teología de las religiones. Se trata de un gran reto. Como lo hemos dicho más arriba, los interrogantes planteados por la declaración *Dominus Iesus* y por toda la controversia que ella ha suscitado, se pueden evaluar como la ocasión providencial que se nos ofrece para entusiasmarlos con esta labor.

Vale la pena que valoremos los esfuerzos que, en este sentido, ya se han hecho en la Iglesia y vale la pena preguntarse por las distintas cuestiones que habría que abordar, al emprender la tarea de participar en la empresa de una teología de las religiones.

### **POSIBILIDAD Y ALCANCES DE UNA TEOLOGÍA DE LAS RELIGIONES**

No estamos en un terreno virgen en el cual no se haya hecho nada todavía. El mismo padre Dupuis, a quien ahora se refiere la *Notificación* de la Congregación para la Doctrina de la Fe como a alguien que incursiona en un campo todavía inexplorado, ya había dedicado desde hacía mucho tiempo sus aportes a esta cuestión.<sup>6</sup> Sin embargo, se trata -es verdad- de una cuestión nue-

6. Se puede recordar, por ejemplo, su artículo con ocasión de la Segunda Conferencia Mundial de las Religiones en favor de la paz, reunida en Lovaina entre el 28 de agosto y el 7 de septiembre de 1974, titulado «*La rencontre des religions*», publicado en la *Revue Théologique de Louvain*, fasc 2 (1975), p. 194-204.

va. Ha habido que esperar hasta épocas recientes para constatar un verdadero interés por reconocer la significación teológica de las religiones no cristianas y, por tanto, por la significación de ellas en relación con las realidades fundamentales de nuestra fe cristiana: Dios, Cristo, la historia de la salvación.

Por la época del Concilio, cuando la Iglesia Católica se refería explícitamente a esta cuestión de las religiones no cristianas con la promulgación de la declaración *Nostra aetate* y con la constitución de un Secretariado para las Religiones, que más tarde, bajo el pontificado del papa Juan Pablo II se convirtió en un Consejo Pontificio para el Diálogo con las Religiones No-cristianas, todavía no eran muchas las publicaciones teológicas que se conocían en relación con esta temática.<sup>7</sup> Por ese entonces, es cierto, importantes teólogos se habían ocupado de la cuestión: el padre Rahner, por ejemplo, con su tesis sobre los cristianos anónimos<sup>8</sup>; el teólogo Heinz Robert Schlette, con su intento por superar la alternativa entre una revelación especial y una revelación general<sup>9</sup>; el padre Bulst, sobre la posibilidad de afirmar el valor de signo sacramental que se puede atribuir al cristianismo, en el contexto de las religiones de la humanidad.<sup>10</sup>

De un teólogo muy importante del ambiente más bien francófono, el de la Universidad de Lovaina, quisiera yo hacer alusión: monseñor Gustavo Thils. El papel que él desempeñó en el Concilio y el entusiasmo de pionero católico en la causa del ecumenismo y del diálogo entre el cristianismo y las

7. Por esa época se conoce un balance bibliográfico, en ambiente anglo-sajón, preparado por E. Benz y Minoru Nambara, *Das Christentum und die nicht-christlichen Hochreligionen. Begegnung und Auseinandersetzung. Eine internationale Bibliographie*, E.J. Brill, Leiden, 1960, 86 p. También una nota bibliográfica de H. R. SCHLETTE, en su obra *Die Religionen als Thema der Theologie*, col. Quaestiones Disputatae 22, Hélder, Friburgo de Brisgovia, 1964, p. 123-127.
8. «Grundzüge einer katholisch-dogmatischen Interpretation der nicht-christlichen religionen», en *Pluralismus, Toleranz und Christenheit*, ed. Abendländische Akademie E.V., Nürnberg, 1961, artículo retomado en *Schriften zur Theologie*, t. V, con el título *Das christentum und die nichtchristlichen religionen*.
9. SCHLETTE, H.R., *Die Religionen als Thema der Theologie*. Ya en 1959 este mismo teólogo había escrito un estado de la cuestión sobre el tema, en el artículo «Dogmatische Perspektiven im Hinblick auf die nichtchristlichen Religionen», en *Zeitschrift der Missions- und der Religionswissenschaft* 43, p. 275-289.
10. BULST, W. S.I., «Israel als «signum elevatum in nationes». Die Idee vom Zeichencharakter Israels in den Schriften des A.T. im Analogie zum Zeichencharakter der Kirche», en *Zeitschrift für die kath. Theologie* t. 74, 1952, pp. 167-204.

religiones no cristianas de la humanidad, lo hacen merecedor de un sincero reconocimiento en este momento, cuando todavía no se ha cumplido un año de su muerte. Monseñor Thils contribuyó, con actitud visionaria y con la perspicacia con la cual abordaba todo tipo de temas que habrían de tener una importancia y una urgencia muy grandes para el futuro de la Iglesia, a que se despertara el interés por cuestiones como ésta de la teología de las religiones.<sup>11</sup> A él se deben muchos artículos y publicaciones sobre el tema, pero en especial dos obras: la primera titulada *Propos et problèmes de la théologie des religions non chrétiennes*<sup>12</sup>; la segunda titulada *¿Synchrétisme ou catholicité?*<sup>13</sup>

En esta última obra, monseñor Thils se refiere positivamente a lo que él llama pluralismo religioso, que contrapone a la actitud de sincretismo, inaceptable en el diálogo ecuménico y en el diálogo interreligioso. Esta obra fue motivada por el grito de alarma lanzado en la publicación del entonces secretario general del Consejo Mundial de las Iglesias, el pastor W.H. Visser't Hooft<sup>14</sup>, sobre el peligro de entender el diálogo ecuménico en el sentido de un sincretismo, es decir, de una «mezcla religiosa». El señor Visser't Hooft se preguntaba:

¿No estamos literalmente empujados al sincretismo por la fuerza misma de las aspiraciones de nuestra época? En la medida en la cual el sincretismo se presenta como una respuesta admisible, dotada de una evidencia racional adecuada, para satisfacer las necesidades más profundas de nuestra época, es mucho más peligroso para la Iglesia cristiana que el ateísmo más vigoroso.<sup>15</sup>

Al referirse a este grito de alarma, monseñor Thils recomendaba un sano pluralismo, que no debía identificarse de ninguna manera con dicho sincretismo, pero que en cambio podía ser compatible con una auténtica

- 
11. Como homenaje a monseñor Thils, con ocasión de su muerte, la *Revue Théologique de Louvain* publicó en el fascículo 4 del año 2000 dos artículos: uno de Camille Focant, titulado «*Hommage à Mgr Thils*» (pp. 467-473) y el otro de Josef Famerée, «*L'oeuvre théologique de Mgr G. Thils*» (pp. 474-491). En este último especialmente se presenta una breve reseña de estas dos obras (p. 491).
  12. Colección *Église vivante*, Tournai, Castermann, 1966, 204 p.
  13. Colección *Église vivante*, Tournai, Castermann, 1967, 195 p.
  14. *L'Église face au synchrétisme. La tentation du mélange religieux*, Labor et Fides, Ginebra, 1964, 169 p.
  15. *Ibidem*, pp. 10-11.

comprensión de la catolicidad de la Iglesia. Apoyado en el Concilio Vaticano II, en especial, en el No. 22 del decreto *Ad gentes* sobre la actividad misionera de la Iglesia, hacía notar los cambios que al respecto se venían presentando en la Iglesia y en la teología y miraba con optimismo la posibilidad de una buena teología de las religiones:

Ahora bien, actualmente, de manera mucho más clara desde el Concilio Vaticano II, la situación ha cambiado y el estado de espíritu de la misma jerarquía eclesial se ha transformado. En lugar de *ghetto*, diálogo: con los no católicos, con los no cristianos, con los no creyentes. En lugar de la cristiandad, el pueblo cristiano, de hecho minoritario, en un mundo en el que se manifiesta siempre con más fuerza un pluralismo de concepciones filosóficas y aún religiosas.<sup>16</sup>

179

Ya todas sus contribuciones habían sido en este sentido. Monseñor Thils afirmaba con mucho valor la posibilidad de un gran diálogo sano entre el cristianismo y las religiones no cristianas y examinaba con entusiasmo temas fundamentales, que deberían ser objeto de una teología dedicada a este diálogo: los temas de la salvación, la revelación, el mutuo enriquecimiento del cristianismo y de las religiones en un fructífero diálogo interreligioso. Podemos referirnos brevemente a estos puntos, con el único interés de darle concreción a la afirmación que hemos querido hacer, en el sentido del interés por una teología de las religiones, que debe despertar entre nosotros la controversia que nos ocupa.

### **Las religiones de la humanidad y la voluntad salvífica universal de Dios**

La discusión en torno al axioma eclesiológico «*Extra Ecclesiam nulla salus*» abrió un capítulo fundamental en este campo de la teología de las religiones. La respuesta que dirigió el Santo Oficio al cardenal arzobispo de Boston, monseñor Cushing, en 1949, desde la Congregación Vaticana, que hoy llamamos Congregación para la Doctrina de la Fe, con ocasión de la consulta acerca de las afirmaciones de un sacerdote jesuita, el padre Feeney, mostró la posibilidad de una comprensión de este axioma eclesiológico en un sentido de apertura, no tan radical como tradicionalmente había sido explicado y como lo explicaba el padre Feeney. La constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen gentium*, del Vaticano II, volvería más tarde sobre el tema y

16. *Syncretisme ou catholicité?* p. 40.

dejaría percibir -como era comprensible- en una perspectiva ecuménica y dentro del espíritu de diálogo del Concilio, un gran progreso y apertura para comprender dicha afirmación.

No se niega que fuera de la Iglesia no haya salvación. Sin embargo, las religiones no cristianas son reconocidas también como instrumento de salvación y, como tales, son valoradas por la Iglesia: ellas son caminos de salvación para sus miembros. No parece que se pueda comprender de otra manera la actitud del Concilio, en los distintos lugares donde se hace referencia a dichas religiones, sobre todo, en la declaración *Nostra aetate*.

Monseñor Thils se preguntaba en qué sentido podía afirmarse el valor salvífico de las religiones no cristianas. ¿Encuentran la salvación los adeptos de las religiones no cristianas «a pesar» de su pertenencia a ellas? ¿En ellas? ¿Por medio de ellas?<sup>17</sup> Y no dudaba en afirmar que ellas son un auténtico medio de salvación querido por Dios. Constituye entonces un importante tema de una teología de las religiones la profundización del problema acerca de la relación entre esta mediación salvífica de las religiones con la de la Iglesia, tal como la hemos afirmado nosotros, en un sentido bastante radical.

### **Las religiones no cristianas y la revelación de Dios**

Pero hay un segundo tema central, que se debe constituir en objeto de una teología de las religiones: el de la revelación. ¿Basta resolver el interrogante acerca de la salvación, realmente tan importante, o es necesario también plantearse el de la revelación, para poder valorar convenientemente las religiones no cristianas?

La pregunta concreta que nos debemos hacer, en una teología de las religiones no cristianas, es si en las religiones no cristianas se da una verdadera revelación o si hay que mantener que la única revelación verdadera es la que se da en el cristianismo, de la que es portadora la Iglesia, a pesar de que dentro de las religiones no cristianas se puede hablar de salvación.

En su primera obra sobre la cuestión<sup>18</sup>, monseñor Thils examina ampliamente el estado de la cuestión teológica acerca de la distinción entre lo que se ha llamado una revelación general y una revelación especial, para

17. «*Malgré*», «*dans*», «*par*»: son las preposiciones utilizadas por monseñor Thils.

18. *Propos et problèmes*.

luego insistir positivamente en el aporte que ofrecen lo que él llama «elementos de revelación» presentes en las religiones no cristianas, en lo que aporta el tema del profetismo, en lo que aporta con este fin el tema de la ley moral y del mensaje cósmico.

Todos ellos son apasionantes y dejan traslucir la importancia de una teología de las religiones. Plantearlos significa llevar el interés en este campo más allá de la problemática acerca de la salvación de los no cristianos, y preguntarse con apertura y honradez por el valor de dichas religiones.

### **¿ES POSIBLE UN MUTUO ENRIQUECIMIENTO DEL CRISTIANISMO Y DE LAS RELIGIONES NO CRISTIANAS EN UN DIÁLOGO INTERRELIGIOSO?**

Esta pregunta es abordada por monseñor Thils, en el sentido de otro importante capítulo que debe hacer parte de una teología de las religiones. Monseñor Thils lo plantea de manera constructiva al final de su obra, con una actitud de fidelidad a los postulados de la fe cristiana y con plena conciencia de las afirmaciones de la Iglesia sobre el valor irremplazable de lo que acontece a través de ella, pero también con una actitud de humildad, de la que podría dar un admirable testimonio, perfectamente posible y fiel, una Iglesia que piensa con apertura en el futuro como futuro de Dios en la humanidad.

### **A MANERA DE CONCLUSIÓN**

A nosotros, cristianos de América Latina y, en particular, cristianos de Colombia, que nos encontramos confrontados con situaciones tan difíciles de supervivencia, de violencia y de derechos humanos, de justicia y de paz, podría parecernos esta discusión en torno a la relación del cristianismo con las otras religiones de la humanidad como algo innecesario, como una ociosidad intelectual. Si algo hemos logrado, podríamos decirnos, que sea propiamente nuestro en el campo de la teología, ello ha sido para afrontar lúcidamente, con la lucidez que hace posible la teología, esos problemas vitales, existenciales, históricos que tenemos. Tenemos razón, hasta cierto punto: no debemos dejar de trabajar teológicamente en este sentido.

Sin embargo, sería por lo menos poco inteligente el que cerráramos los ojos ante la realidad de un futuro de humanidad, que también va a ser el nuestro. No nos podemos encerrar en América Latina, dentro de nuestros

propios límites, ni asfixiamos hasta la obsesión con nuestros propios problemas reales. Necesitamos aire nuevo que mantenga vivas nuestras posibilidades teológicas y que enriquezca nuestra fe desde todos los horizontes del mundo. El interés por el gran diálogo religioso de la humanidad es un aire nuevo para nuestra fe y para nuestra teología. También nosotros, en América Latina, podemos comprender estos problemas y podemos participar teológicamente en ellos. El gran futuro de mil años que ha empezado a construir el cristianismo también es nuestro futuro y debemos participar en él con apertura de espíritu y con esperanza.

No es mucho, si se quiere, lo que yo puedo concluir de estas reflexiones que he presentado. Pero una sí es siempre válida para nosotros: nuestra fe, la que nos vincula con la persona de Jesús y nos convierte en una religión tan importante en el mundo, como es la religión cristiana. Se trata de una fe profundamente humana. Donde quiera que se dé lo humano, tiene cabida el cristianismo. No importa que se trate de escenarios en los que las culturas sean diferentes de las que tradicionalmente hemos ligado con nuestro cristianismo. No importa tampoco que se trate de escenarios en donde los hombres han buscado y encontrado a Dios por otros caminos. Todo el mundo es nuestra patria. Donde quiera que se dé lo humano, puede florecer el cristianismo y puede entrar en diálogo de comunión con las culturas y aún con las religiones. Por todo eso queremos ser una Iglesia abierta a toda la humanidad, capaz de ver con actitud fraternal a todos los seres humanos, de comprenderlos y valorarlos, y de aportarles a todos, desde el interior de sus culturas y de sus religiones, la luz del Evangelio. Queremos ser una Iglesia que, con una gran apertura, pueda dar razón «teológica» de su fe. Las cuestiones que nos ha planteado la declaración *Dominus Iesus* deben despertar en nosotros tales intereses.